

2.

N.º 68.

BIBLIOTECA
DE "EL DIARIO DE MURCIA."
EN OBSEQUIO A SUS SUSCRIPTORES

DISCURSOS
Y
POESÍAS
LEIDOS EN LA INAUGURACIÓN
Y
EN LA VELADA LITERARIA
DEL
Círculo Católico de Obreros

MURCIA—1892
IMP. DE "EL DIARIO."
SOCIEDAD, 10.

No. 68

BIBLIOTHECA

EN OBTENCION DE SUS SUSCRIPTORES

DISCURSOS

POESIAS



DE LA REFORMA DE LA LINGUA

del

f.f. 33337

UNU

c.b. 1476377

3585

X

BIBLIOTECA
DE "EL DIARIO DE MURCIA,"
EN OBSEQUIO A SUS SUSCRIPTORES

DISCURSOS
Y
POESÍAS

LEIDOS EN LA INAUGURACIÓN

(19 DE MARZO DE 1892)

Y

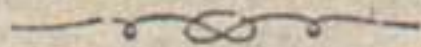
EN LA VELADA LITERARIA

(20 DEL MISMO)

DEL

Círculo Católico de Obreros

DE MURCIA



MURCIA—1892
IMP. DE "EL DIARIO",
SOCIEDAD, 10.

R 376 304



Excmo. é Itmo. Sr.

Señores:

Acábase de bendecir solemnemente, por nuestro bondadoso y queridísimo Prelado, y conforme los ritos de la Santa Iglesia, el local en que queda instalado el Círculo Católico de Obreros de esta Capital: hállanse ya preparadas modesta, pero adecuadamente, sus dependencias, que recorre, dando cada cual su parecer, y proyectando mejoras, multitud de amigos y de socios: ocupan el estrado nuestras primeras autoridades eclesiásticas, militares y civiles y delegaciones de varias sociedades y de los círculos de recreo de la Ciudad: llenan á más este recinto, mezclados con no pocas personas ilustres por su alcurnia y posición, los héroes oscuros del trabajo, los nobles soldados del ejército de la paz, que, aunque no puedan ostentar en su escudo otros blasones que los instrumentos de los oficios mecánicos á que cuotidianamente se consagran, no son por ello menos acreedores á la consideración y respeto de todos: dispónese la prensa, dignamente representada por los directores ó redactores de los periódicos locales, á transmitir al exterior las impresiones que aquí recoja: y la música, cuyos

armoniosos acordes han atraído tantos curiosos á las calles adyacentes, y dado el propio carácter popular á esta fiesta, ha dejado de escucharse. Todo parece, señores, acusar que en estos instantes, en estos supremos y memorables instantes de silencio y de expectación, va á comenzar la vida pública de esta sociedad; lo cual me impone como Presidente, (aunque sin méritos y contra mi voluntad, de la misma), la para mí dura é inescusable obligación de inaugurar sus tareas, de decir algo, siquiera sea poco y desaliñado, referente al acto que se realiza: algo que constituya, si no el prólogo ni la portada, el epígrafe al menos, de esa obra que entre todos, vamos, Dios mediante, á escribir, cuyas páginas saturadas del espíritu católico, creemos contribuyan eficazmente á que por todas partes se difunda el suavísimo perfume de la doctrina cristiana, que embriaga con su dulzura á todos los hombres y les hace confundirse sin distinción de clases ni de pueblos, de aspiraciones y de ideales, en apretado abrazo al pié de la cruz, en la que se abrazaron en inolvidable día la justicia y la paz, el Criador y la criatura, el cielo y la tierra, el Hombre Dios y la humanidad redimida y perdonada.

Sin otras pretensiones, pues, que cumplir ese deber, he redactado el presente trabajo que mi escasa memoria, poca salud, y absoluta carencia de condiciones oratorias y de prácticas de tribuna, me impiden pronunciar. y que, siquiera por esta razón, recomiendo á vuestra benevolencia.

Mi objeto es solo referir las vicisitudes por que ha pasado la idea de fundar este Círculo,

hasta que esa idea, de generosa aspiración, se ha convertido en realidad consoladora, demostrando de paso cuan útil sea esta Sociedad á todas las clases, cuales sus fines y cuales los medios de que se valdrá para realizarlos. Pero antes que espalde estos puntos, permitidme que en nombre del Círculo y de su Junta Directiva, rinda un respetuoso homenaje de reconocimiento á nuestro Excelentísimo Prelado, á cuya liberalidad é iniciativa se debe sin duda el que hoy nos hallemos aquí congregados. El nos ha alentado: él ha prestado á nuestra obra su nombre y sus intereses: él ha estado y está dispuesto (pues nos lo ha dicho repetidas veces) á todo género de sacrificios para que el Círculo viva y prospere: él, penetrado de su importancia y apesar de los agobios del cargo pastoral que tan dignamente desempeña, ha tenido lugar para hablar y resolver sobre cuantos asuntos grandes ó pequeños hemos tenido que consultarle, coronando esta multiplicada série de favores con su personal asistencia á esta solemnidad.

Esta manifestación de gratitud debe hacerse extensiva al Ilmo. Cabildo Catedral por su cuantioso donativo, al Clero en general, á las dignísimas autoridades de todos los órdenes, que no sólo pecuniariamente, sino con su consejo y su presencia en este acto, tanto nos favorecen y nos ayudan; á la aristocracia murciana que ahora, como siempre, ha respondido á nuestro llamamiento; á la banca; al comercio, á las clases todas de la sociedad sin distincion, pues de todas hemos recibido auxilios eficaces: á la prensa, en fin, que abriendo desinteresadamente sus columnas á cuan-

to nos ha convenido publicar, y escribiendo de su propia cuenta artículos encomiásticos, ha contribuido poderosamente al éxito de nuestras gestiones.

Por este común y simultáneo esfuerzo, ha resultado, como queríamos, una obra que no es de esta ni de aquella personalidad, de este ni de aquel grupo, sino la obra de todos los buenos murcianos, la obra de los que tenemos la dicha de conservar en medio de los torbellinos de la duda y de las escarchas del escepticismo, fresca y lozana, en el campo de nuestro corazón, la bella flor de la fé religiosa, que supo sembrar entre besos de amor y arrullos de ternura la dulce solicitud de nuestras madres: y de los que, ora residan entre nosotros, ora en medio de la agitada vida de la córte, ya en las abrasadas regiones del Africa, ya en las grandes capitales del continente europeo, lo mismo entre los habitantes de las islas diseminadas en las inmensidades del mar Pacífico que entre las razas que pueblan el mundo americano, sienten aquí y allí y en todas partes esa nostalgia de la Torre, ese amor á la Virgen de la Fuensanta, ese entusiasmo por nuestra huerta y sus sabrosos productos, por nuestras montañas y sus piadosos santuarios, por nuestras costumbres y nuestras tradiciones que califica y retrata al que ha tenido la dicha de nacer bajo este cielo risueño y esplendoroso y en medio de esta exuberante vegetación, trasunto del terrenal paraiso; al hijo, en fin, de la muy noble, leal y siete veces coronada ciudad de Murcia.

Es, pues, el Círculo una obra católica eminentemente murciana y popular que por los

levantados fines que persigue y por los adecuados medios de que ha de valerse para realizarlos, ha logrado despertar universales y profundas simpatías en todas las almas nobles, en todos los espíritus verdaderamente cultos é ilustrados, lo cual es la prueba mejor y más concluyente de su conveniencia y de su utilidad.

Cierto hombre de ciencia demostraba, como todos sabeis, andando la existencia del movimiento: nosotros podemos demostrar la conveniencia y la importancia de nuestro Círculo presentando la lista de sócios y la de donativos para su instalación; pues apesar de la crisis económica que atraviesan todas las clases y de las suscripciones que con fines tambien laudables y benéficos se están haciendo todos los dias, ha alcanzado esta sin grandes esfuerzos de nuestra parte, sino suave y casi espontáneamente, una cifra que ha superado á nuestras esperanzas. Y es, señores, que los hombres de fé y de buena voluntad, no son por fortuna tan pocos como algunos suponen; es que cansados y desengañados muchos de artificiosas combinaciones y falaces promesas, hastiados estos de los fútiles resultados de agrupaciones de otraíndole y hasta escarmentados aquellos de sus perniciosos efectos, sentían todos la necesidad de un centro que se propusiese objetivos más trascendentales que el simple pasatiempo de un centro en que el recreo fuera un medio y no un fin; en que se cultivase el entendimiento mientras se esparcía el corazón, en que se procurase la distracción sin peligro de la conciencia, y en que sin abdicaciones, ni rebaja-

mientos, gozasen al par de estos bienes el grande y el pequeño, el sacerdote y el seglar, el hombre ilustrado y el de instrucción escasa, el acaudalado capitalista y el laborioso obrero, el rico propietario y el modesto colono.

Por eso, señores, por eso, y permitidme la comparación, así como en la peregrinación del desierto, al hacer brotar Moisés con su vara milagrosa una copiosa fuente de las duras rocas, vióse correr hacia ella al pueblo de Israel sediento y abrasado, así al hacerse público en esta ciudad el pensamiento de la fundación del Círculo, apresuráronse nuestros compatriotas, anhelosos de institución semejante, á participar de aquellos bienes, inscribiéndose como socios y brindándonos con sus donativos.

Hay más, señores; y aquí, siquiera brevemente, voy á tocar un punto de bastante trascendencia. Nadie ignora que al promulgar á fines del pasado siglo la revolución en la nación vecina su famosa tabla de derechos del hombre (que no era otra cosa que la ampliación, esposición y aplicación de un sistema larvado de siglos atrás en las instituciones de algunos pueblos y desarrollado después como cuerpo de doctrina en los libros de los filósofos) en fuerza de exagerar esos derechos para dignificar la personalidad humana, logró aislarla, convirtiéndole como en una inespugnable fortaleza, sí, pero que por la razón misma de serlo y de serlo también sus semejantes, abría entre hombre y hombre abismos insondables, favorecía el desarrollo de los instintos egoístas, y privaba á los unos del auxilio de los otros, con visible perjuicio de los débiles, que reducidos á sus propias fuerzas, podían ser, y

de hecho fueron, inermes víctimas de los atrevidos y poderosos. No fué bastante á impedir estos resultados el consolador principio de la fraternidad, tomado por la revolución de la doctrina de Cristo, á quien odiaba; pues los mismos que lo proclamaron se encargaron de desmentirlo empapando en la sangre de sus propios conciudadanos el noble suelo de la pátria francesa; y el hombre á quien Aristóteles calificaba de *ser sociable por excelencia*, vino á parar á condición análoga á la del salvaje. sobre el que si nadie egerce dominio, es á costa de que él á su vez de nadie puede esperar cosa alguna más que de sí. ¡Triste condición la suya! le declararon rey; colocaron en sus manos un cetro, ciñeron á sus sienes una corona, pero ni el territorio, ni los vasallos parecían por parte alguna; y su falaz reinado, y su menguada monarquía, después de divorciarle de sus semejantes, se vino á averiguar que consistía en hacerle rey.... de sí mismo.

No obstante lo dicho, á impulsos de estas ideas, llevadas por algunos á la más inconcebible exageración, todo se reformó en el mundo, instituciones políticas, relaciones internacionales. leyes y costumbres, propiedad y familia. Los antiguos moldes conservados por nuestros mayores con casi supersticiosa veneración, se rompieron: la nueva idea vestida por filósofos y oradores con ropaje deslumbrador logró fascinar con su seductora hermosura á todos los pueblos, que cayendo anonadados y vencidos á sus piés, aceptaban regocijados su dominación: y el triunfo de esa teoría, el triunfo del sistema individualista, que este se

su nombre, creyóse por muchos completo, y lo que es más, definitivo. Pero no ha salido acertado el pronóstico: pues de la misma manera que el flujo produce el reflujo en los mares, y los frios de la invasión morbosa, los ardores de la calentura, así mientras en los tres primeros cuartos del presente siglo ha ido el sistema individualista paseando su mirada de vencedor sobre los estados de ambos continentes, se ha ido lenta, pero firme y calladamente desarrollando otro sistema y otra idea que le disputa su imperio en el campo de las teorías, y hace vacilar su mal seguro trono en el terreno de los hechos. Los hombres parece se cansan de su dominación y en especial los débiles, que á más de no poder saborear ninguna de sus ventajas, sienten mejor que los otros las funestas consecuencias del egoísmo, y de ese aislamiento á que les condena el sistema referido, han comenzado á unirse por el fuerte lazo de la comun desgracia, creando una colectividad en cuyo seno han sacrificado, en busca de bienestar, los derechos personales; colectividad no menos temible por la copiosa multitud de individuos de que consta, que por la falta de una dirección inteligente y honrada que la conduzca á fines nobles y levantados. De otra parte, aquellos á quienes este cuerpo inmenso y poderoso trata de exterminar, se han unido ante el comun peligro, con lo cual entre las clases sociales de hoy, entre el proletariado y el capital, entre la inteligencia y la fuerza, se han abierto fosos más profundos y se han alzado barreras más altas que las que separaban á las clases en tiempos del antiguo régimen. Tal es, pues, señores, el es-

tado actual de las cosas, que preocupa justamente á los hombres pensadores. No son teorías de gobierno, sistemas políticos, intereses de partido los que se debaten. Son cuestiones más hondas, son asuntos de más fundamento, son problemas más pavorosos. La teoría revolucionaria que comenzó separando á unos hombres de otros ha separado á la humanidad en dos grandes grupos, los que tienen y los que carecen, los que trabajan con el cuerpo y los que trabajan con la inteligencia. La teoría revolucionaria, así como aisló á los individuos, aísla ahora las clases, y esta situación no puede continuar, pues así como, permitidme la comparación, puestos dos cuerpos electrizados diferentemente uno frente á otro, no tiene más remedio que estallar entre ellos el rayo, si no se procura la recomposición lenta de la electricidad; de la misma manera, colocadas las dos clases sociales, la una frente á la otra, estallaría imponente, devastador y formidable el choque del que todos saldríamos perdiendo.

Convencidos de eso unos y otros, persuadidos (fuera de aquellos á quienes interesa que el choque se verifique) de que en el aislamiento está la muerte, mientras en la comunicación está la base del bienestar social, aspiran las clases á compenetrarse, á romper esas vallas puramente convencionales que las separan, á buscar la pacífica solución del conflicto estableciendo corrientes recíprocas de concordia que lleven arriba la saludable influencia de los de abajo, que saturen á estos del afecto y consideración de los de arriba. Hay, sin embargo, de una y otra parte rece-

los y desconfianzas; témense por estos y aquellos los resultados: falta un poder que se imponga á ambos, que á todos ofrezca garantías y que, superior á las pasiones de los hombres, resuelva el conflicto en bien de todos y sin degradaciones ni humillaciones ni violencias para nadie. Pero ¿dónde está ese poder? ¿en dónde esa institución tan prestigiosa que consiga acallar con su fallo el inmenso vocerío de los intereses encontrados y haga respetar su veredicto por los acalorados contendientes? ¿Dónde está? ¿dónde? en la Iglesia Católica que hoy como ayer tiene en sus manos la fórmula que soluciona todas las dificultades. Ella, sí, ella la Iglesia nuestra Madre y Madre por dicha de todos los hombres, aun de los que le aborrecen y calumnian, colócase entre las exageraciones individualistas de los unos y las utopias socialistas de los otros, y trata de realizar suavemente y sin estruendo, por la caridad y el mútuo amor, lo que pretenden conseguir los unos alzando cadalsos y tratando de ahogar al mónstruo en su propia sangre y los otros arrasando hasta los cimientos del edificio social, sacrificando á su furor víctimas inocentes y aventando las cenizas de los carbonizados restos de nuestra decantada y engañosa civilización, para constituir un nuevo estado cuya más recomendable circunstancia será la de ponernos, no al nivel de las bárbaras tribus que habitan los oasis de los desiertos, que esto es demasiada cultura para nuestros regeneradores, sino al nivel de las manadas de fieras que á falta de presa que sacie su voracidad luchan con des-

piadada crueldad unas con otras en los solitarios bosques de la India.

Sí, señores. Si nuestro Dios, es decir, si el Dios verdadero fuese como se lo han figurado algunos filósofos un sér que absorto en su propia felicidad deja rodar al acaso su obra, el Universo, podíamos abrigar temores harto justificados: pero el Dios verdadero, el Dios que adoramos y en quien creemos los cristianos, el Dios que se hizo hombre y murió por redimirnos no puede dejar desamparada su obra, ni dejarnos entregados aunque lo merezcamos en estas graves circunstancias á nuestras propias fuerzas. Oid, sí, oid las palabras de amor y los consejos de prudencia que caen desde las alturas del Vaticano sobre sus ingratas y olvidadizas hijas, las naciones del mundo civilizado: ved la admirable encíclica de S. S. *De conditione opificum*, es decir De la suerte de los obreros, y allí vereis los medios de salvar el mundo, la manera de devolver la tranquilidad interior á los pueblos, y de restablecer entre los que trabajan de un modo puramente material y mecánico, y los que cultivan las ciencias y las artes y manejan el capital, el apetecido equilibrio, la necesaria armonía, el dulce reinado de la paz.

¡Qué desengaño, y más que desengaño, qué sonrojo para esos hombres que juzgaban era posible á los pueblos emanciparse impunemente de la paternal tutela de la Iglesia Católica! Vedla, vedla sí, no huyendo á esconderse entre las empolvadas páginas de la historia, como institución caduca y desacreditada, que si pudo un dia ejercer el imperio del mundo, hoy, desatendida su voz y desposeída

de sus dominios, tiene que dejar caer de entre sus manos temb'orosas, por la debilidad de la decrepitud, el cetro con que sojuzgó á los hombres largos siglos, sino doctrinando á todas las razas y naciones, clamando con viril energía y sin que la acobarden el poder avasallador de los grandes, ni las iras irreflexivas de las inconscientes multitudes, lo mismo contra los abusos de arriba que contra los desvarios de abajo: explicando á los pueblos la causa de sus infortunios, que no es otra que ese mismo desprecio de sus sábias enseñanzas, y brindándoles con el remedio: vedla, en fin, informando instituciones como ésta de los Círculos Católicos de Obreros, cuya propagación recomienda con las más apremiantes razones como medio eficacísimo de conjurar los peligros que nos amenazan y de resolver tranquila y racionalmente, sin trastornos ni sacudientos, ese grave problema que se llama la cuestión social!

Son, pues, estos Círculos una institución recomendada por el Sumo Pontífice en varias ocasiones y especialmente en la Encíclica citada, lo cual es ya para los católicos una garantía de que son gratos á los ojos de Dios. Pertenecen á esas obras que se llaman del Apostolado seglar, es decir, á la clase de las que, dirigidas por simples fieles, tan eficaz cooperación prestan al celo pastoral de los sacerdotes. Tuvieron su principio en la admirable Sociedad de San Vicente de Paul, fuente y origen de casi todo cuanto se ha hecho en el mundo cristiano de 60 años á esta parte en favor de las clases proletarias; pero se desarrollaron luego prodigiosamente constitu-

yendo, no ya una obra especial de aquella sociedad, sino una institución aparte. De Francia, donde tuvieron su cuna, pasaron á Bélgica, el pueblo fabril por excelencia, á Alemania, á Italia y atravesando los mares, á los pueblos del nuevo continente, produciendo en todas partes los ópimos frutos de la concordia y de la paz. A nuestra España ha sido de las últimas naciones á que ha llegado su saludable influencia, pero de poco tiempo á esta parte, el celo de los buenos católicos de un lado, y las necesidades perentorias de la época de otro, han contribuido á su rápida propagación; haciendo cerca de 4 años que nuestros vecinos de Cartagena, Orihuela y Lorca tienen instalados sus Circulos. En zaga de esas ciudades hermanas quedaba la capital de la Diócesis y la Provincia por no haber seguramente quien tomara la iniciativa; cuando Dios ha querido que dos jóvenes sacerdotes, alentados por las conversaciones tenidas en la redacción de un ilustrado periódico católico de esta ciudad, echasen sobre sus hombros la tarea de sondear la opinión y de intentar la fundación del Círculo. La pesadumbre de esa noble empresa se alivió bien pronto; pues vieron con satisfaccion que hallaban por todos lados ayuda y facilidades, logrando en Noviembre celebrar una reunión preparatoria y convocar á otra, en la que se designó una comisión organizadora, que dió por terminado su encargo presentando un Reglamento, una lista de sócios y una Directiva, á la Junta general presidida por nuestro queridísimo Prelado, que se verificó en 13 de Diciembre, en la cual fué todo lo propuesto

sancionado solemnemente. Iniciada en esta junta la suscripción para atender á los gastos de instalación (que por cierto no está aun cerrada y alcanza hoy la cifra de unas 4.300 pesetas) la Directiva, después de impetrar y obtener la bendición de Su Santidad, (como puede verse en el telegrama expuesto en el vestíbulo de este salón, cuyo contesto nos honra tanto como nos alienta), se ocupó en la adquisición de local, decidiéndose, después de buscarlo inútilmente en sitios más céntricos, por éste, que aunque algo al extremo de la Ciudad, reúne condiciones de capacidad excepcionales.

Resuelto éste punto y dado conocimiento á nuestro Excmo. Prelado, de la situación de las cosas, determinó se verificara la inauguración el día de hoy, sin duda el más apropiado del año, por celebrarse con universal regocijo, la glorificación religiosa del trabajo personificado en el modesto carpintero de Nazaret, en el casto Esposo de la Virgen María, el simpático, el popular Patriarca San José, á quien Dios, en sus designios inescrutables, creyó más digno que todos los Reyes y potentados del mundo para ejercer en la tierra los oficios de Padre con su unigénito, con el Verbo humanado que al presentarse entre nosotros para llevar á cabo la grandiosa obra de la Redención pasó á los ojos de sus contemporáneos, como el hijo del Obrero, *fabri filius*.

Ya teneis, señores, la historia del Círculo Católico de Obreros de Murcia ¿y qué vá á hacer éste Círculo? ya lo habeis oido: propagar y difundir la doctrina católica, facilitar á las clases menos acomodadas instrucción y re-

creo: para eso ha establecido su escuela nocturna y su biblioteca; para eso los salones de esparcimiento honesto y lícito, en los cuales alternarán los grandes con los pequeños, produciendo la anhelada comperetración de clases, á que antes he aludido, que ha de constituir la base de la verdadera paz social.

En cuanto á la enseñanza, siguiendo el prudente consejo de un generoso bienhechor del Circulo, comenzaremos por poco para ir suavemente mejorándolo. Por lo pronto se establecen clases de primera enseñanza: luego vendrán los estudios de aplicación, los elementos de dibujo y de mecánica, las cátedras de matemáticas y partida doble, y como complemento, para educar y desenvolver los afectos del corazón é inspirarle amor á la belleza, en su manifestación mas espiritual y delicada, la de música, con lo que podremos, y pensamos más adelante formar un Orfeón de que en nuestra ciudad se carece. Para todas esas enseñanzas contamos con profesores competentísimos que se han brindado á darlas gratuitamente.

Escuso decirlo, que, á más habrá desde el lunes una clase á que el Círculo prestará especial atención, la clase de Religión y Moral, desempeñada por celosos sacerdotes; y para estímulo de la juventud estudiosa, para que tenga donde hacer y lucir sus primeros ejercicios y donde aprender de los ya maestros en el bello arte del bien decir, se celebrarán semanalmente veladas, conferencias y conciertos en los que se rendirá homenaje al par que á Dios y al arte, á la religión, á la ciencia y la literatura. De esa manera no so-

lo contribuiremos á fomentar y desarrollar aptitudes y á llevar la cultura y la verdadera ilustración á todas las clases, sino que rectificaremos, en parte, las direcciones del arte que se inclinan, por desgracia, á las exageraciones de un realismo que embota la inspiración y amanaera y degrada las concepciones del génio.

De todo esto disfrutarán todos, absolutamente todos; los que ayuden con su cuota al sostenimiento del Círculo, y los que solo puedan prestarle la cooperación no menos estimada de sus simpatías y asistencia. Así se constituiría la verdadera armonía social, la única posible igualdad entre los hombres no obtenida por el esterminio de las clases, sino por virtud de la íntima convicción de que todos somos hermanos; de que despojados de los accidentes que producen las diferencias entre un hombre y otro hombre, somos iguales en nuestra sustancia, son iguales nuestras almas y sus destinos inmortales. ¡Ah señores todos, ah honrados hijos del trabajo! ¡cuánto dista la doctrina católica de la doctrina funesta que se pretende infiltrar en el inocente corazón del pueblo! Esta nos ata á la tierra; aquella nos remonta al cielo; ésta nos equipara con el bruto, aquella casi nos iguala con el Angel: ésta quiere alucinar á los pobres con las delicias más aparentes que reaes de los grandes del mundo, aquella inspira en todos desprecio esos bienes y nos hace fesear otros eternos é inacabables, otros perfectos y purísimos, que ni la polilla roe ni los ladrones arrebatan, bienes en fin que consiste en la adecuada participacion del Bien

Sumo: esta abre entre las clases abismos insondables: concita en el pobre ódio furioso y ciego contra el rico, en quien vé su verdugo, siembra en el corazón del rico temores y desconfianzas contra el pobre á quien cree enemigo de sus intereses y reposo y aquella borra las diferencias sociales, une al grande con el pequeño, lima todas las asperezas, disipa todos los recelos, acalla todas las concupiscencias y hace de la humanidad entera una sola familia cuyo padre comun es Dios y cuyo hermano mayor es Jesucristo en quien todos somos hermanos segun el dicho de San Pablo, *sive liber sive servus unus sumus in Christo*.

Estos grandes ideales, pues perseguimos y creemos poder realizar con nuestro Círculo, mediante la poderosa intercesión de la Virgen de la Fuensanta, bajo cuya protección ha sido colocado por nuestro Prelado queridísimo: y eso nos hace aguardar que el movimiento de simpatía que hácia ésta institución se ha sentido, lójos de debilitarse crezca más y más de dia en dia, segun se vayan haciendo más palpables sus resultados. Si Murcia, según creemos, sigue portándose con el Círculo, el Círculo sabrá corresponder dignamente, dándole obreros ilustrados y piadosos, amantes del trabajo, enemigos de disturbios y asonadas, incapaces de inmolar en aras de una utopia á un inocente y de manchar sus honradas manos con sangre fraticida: el Círculo le dará clases directoras, que, penetradas de su misión y responsabilidad ante Dios, ante la Iglesia, ante la historia amen al obrero, departan con el obrero, ayu-

den y favorezcan al obrero, hagan partícipes de sus satisfacciones al obrero, que verá por tanto en ellas, no su enemigo ni su explotador, sin su sosten y su consejero, su amparo y providencia.

Los hombres, pues, de buena voluntad, cualesquiera sean sus aspiraciones políticas, nos ayudarán sin duda. No somos para nadie un peligro, somos, así lo creo, para todos una garantía. Y aquí, señores, debo hacer una declaración, aquí por primera y última vez se va á hablar en este Círculo de política. La ley de Dios está por encima de todos; la restauración de la doctrina cristiana en las costumbres y las leyes, es nuestro ideal, y como este ideal no se opone al programa de ningún partido, nosotros esperamos que como ya sucede dichosamente, sigan viniendo á nosotros los de la derecha y los de la izquierda; los que fijan los ojos en el pasado, y los que solo miran en el porvenir. Ríjanse, pues, los pueblos por éste ó aquel sistema; prosperen en las esferas del gobierno éstos principios ó los otros, nosotros podemos levantar la mira algo más arriba de las cuestiones bizantinas, las más de las veces, que agitan á los hombres y los dividen en grupos y partidos; nosotros queremos congregarlos á todos y llevarlos unidos delante del Divino Redentor, y así como estando en carne mortal al comparecer un día desnudo y llagado con un haz de espinas por corona y una caña por cetro ante un pueblo abyecto y esclavizado oyó que este en el paroxismo del desenfreno y rugiente de cólera exclamaba: *non habemus regem nisi Caesarem*, así nosotros, en desagravio de aquella afren-

ta, sin abdicar de ninguno de nuestros ideales, sin hacer traición á nuestras creencias, á nuestras simpatías, ó á nuestros compromisos, queremos que salga de todos los labios esta entusiasta exclamación: ¡No tenemos más rey que á Cristo!

Este grito no puede alarmar á nadie, porque no es grito de guerra, sino de paz, no de lucha y de combate, si no de concordia y de amor. ¿Qué más pueden desear los Reyes de la tierra, los Jefes de los Estados y los Presidentes de las repúblicas que tener por súbditos á los vasallos de Cristo-Rey?

He concluido señores; reitero el agradecimiento del Círculo á cuantos nos han honrado en éste acto, á cuantos nos han ayudado hasta de presente. Quiera Dios Nuestro Señor que todos perseveremos ¡quiera Dios que continuando dispensándonos benigno su misericordia sea como deseamos con el esfuerzo de todos, éste Círculo un foco de luz para todas las inteligencias, de calor para todos los corazones, una fuente inagotable de bienes para nuestra querida Ciudad, y un elemento poderoso de ilustración de cultura y progreso, de aquel progreso que no consiste en ir adelante sino en subir hácia arriba, hácia Dios, manantial fecundo de felicidad y único que ha de satisfacer las ansias de dicha en que se abrasa el corazón de los hombres mientras dura nuestra mísera peregrinación sobre la tierra!

Mariano Palarea.

Excmo. é Ilmo. Sr. (1)

Decir que la vida de la Iglesia es vida de combate, es, señores y amigos míos, hasta una vulgaridad. La Iglesia porque es Iglesia, y el mundo porque es mundo, han de vivir necesariamente en abierta oposición. La iglesia es la depositaria de las verdades del cielo; el mundo es la personificación de todas las tendencias de la tierra. Son, pues, dos polos opuestos, con dos opuestos centros de gravitación.

El Divino Salvador lo formuló en una frase sencillísima, tan sencilla como llena de alcance: «Lo que ha nacido de la carne, carne es; lo que ha nacido del espíritu, espíritu es.» Hay entre la Iglesia y el mundo, la misma oposición que hay entre la gracia y la naturaleza corrompida en cada uno de nosotros. La batalla continua de nuestro corazón es, en más reducida esfera, la gran batalla del género humano. Vivir, pues, para la Iglesia, es combatir.

Pero esta lucha idéntica siempre en el fondo, presenta en cada siglo caracteres diversos, como la lucha entre la naturaleza y la gracia, idéntica en el fondo de todos los cora-

(1) El dignísimo Sr. Obispo de la Diócesis, y Presidente honorario del «Círculo Católico», Dr. D. Tomás Bryan y Livermore.

zonas, aparece exteriormente diversificada hasta lo infinito en cada individuo.

El mundo lanza á la arena uno después de otro, sus temas de discusión, una después de otra, varía las formas; ya la franca y brutal violencia le parece lo más conducente, ya se desentiende de ella, para emplearse en la capciosidad artera y solapada.

Pasando revista á la campaña de cada siglo, se admira en todas ellas, á par de esa unidad de fondo, esa otra variadísima multiplicidad de formas, merced á las cuales, el combate, siempre viejo, viene á resultar en apariencia siempre nuevo, medio único de que los secuaces de las tinieblas conserven la ilusión de que en el próximo ataque, será cuando indefectiblemente sucumba el Catolicismo que en los otros no sucumbió.

Prolijo sería enumerar una por una las diversas fases de la lucha. Dejemos en quietud á los que dejaron de existir y meditemos que hoy también hay lucha, lucha que tiene su nombre, cuyo nombre es Socialismo.

Ciertamente, señores, si únicamente considerais en el Socialismo lo que podría llamarse su realidad viva, encontrareis una cosa que no parece tener nada de comun con el mundo de las ideas. «El Socialismo, dice un profundo pensador, que primero se exhibió como idea de reforma social, después se manifestó como de transformación social y hoy es el símbolo de la destrucción social. Tenemos delante de nuestros ojos algo semejante al león ó al tigre, que obedece á sus instintos, rugiendo tras una presa. A la hora presente tenemos á la vista, no al socialismo doctrinal preten-

diendo levantarse por el imperio de la idea, sino al Socialismo brutal, queriendo imponerse por la grosería de los hechos; no el socialismo soñador que hace cuarenta años seducía á ciertas almas generosas, sino el socialismo agresor, que sólo pide á la fuerza la realización de su programa: no el socialismo contemplador paseando por la sociedad su amor platónico á la humanidad, sino el socialismo destructor, pronto á pasear á través del mundo real, el sangriento estandarte de su igualdad, Estamos, señores, para decirlo de una vez, ante un Socialismo que llamaré mejor el Socialismo de la tea y del puñal, que de la doctrina y de la idea.»

Grande es la lucha. Empero ¿quienes han de ser los combatientes, que cual valerosos adalides empuñen, sostengan y defiendan la bandera de la verdad?

¿El Clero, me direis? Ya sé yo que al sacerdote se le ha confiado misión de evangelizar; ya sé yo que á él se le ha dicho: «Id y predicad y enseñad á todas las gentes»; ya sé yo que á él dijo el mismo Jesucristo: «Como á mí me ha enviado mi Padre, así os envío yo á vosotros, para que vayais, y produzcais frutos y vuestro fruto permanezca»; ya sé yo que los Sacerdotes están revestidos de tal autoridad docente, que quien los oye, oye á Jesucristo, y quien los desprecia á Aquel desprecia.

Pero, no obstante esto, al seglar compete también la defensa de la verdad.

Al Sacerdote lo llaman, primero su sagrado Ministerio, después los deberes de caridad que el mismo le impone. A los seglares los llama en cambio la fé, les impele el bienestar social,



los autoriza el estado de la presente civilización.

Ved, señores y amigos míos, dibujado aunque con débiles colores lo que intento demostrar.

Ameno y por demás interesante es el asunto; si se convierte en pesado y esteril, culpa es de mi insuficiencia que soy el primero en deplorar.

¡Perdonadme!

Reprendía Salomón al siervo perezoso y le dijo: «Anda, vé á la hormiga, y considera sus obras: Mira y aprende á ser sabio: «Disce Sapientiam»

Tales palabras repito yo á los seculares del siglo 19: «Moveos, venid á contemplar, no la hormiga indicada por Salomón, sinó la Santa Iglesia. Ved cómo se afana y trabaja, ved cómo se defiende invocando el nombre de Dios. Venid, medita, tomad puesto en la milicia en que fuisteis inscritos; agitaos y aprended la verdadera ciencia.

Verdad es que estas palabras suelen perderse en el inmenso vacío que la pereza deja en el corazón humano, y aun no faltan espíritus timoratos que las contestan diciendo: ¿Por qué somos invitados á combatir? Los dardos van contra la cabeza y las partes altas de la Religión. Si pues los sacerdotes son los combatidos, defiéndanse ellos, que nosotros no debemos quebrantar nuestra paz, para trocarla en dura y cruel guerra.

Señores. Fué un día, en que el pueblo romano se entregó á una fiera rebelión contra el Senado: gritaba, y se agitaba con feroces movimientos, cuando hé aquí que por orden del

Senado se presenta entre la revuelta muchedumbre, Menenio Agripa, ciudadano venerable, y vencedor que había sido de los Sabinos. Colócase en la cima del monte Sacro, y desde allí dirige estas frases á la muchedumbre: Determinaron un día los miembros del cuerpo humano, no obedecer en lo sucesivo á la cabeza, sino permanecer en paz, y en medio de la más fría y repugnante indolencia: La cabeza gritaba, «Seguid mis órdenes», aquellos en cambio respondían: «No, no te conocemos por emperador, ¿á qué fin, pues, aceptar la fatiga que nos impones? Duraba la lucha, muy exasperada: los miembros faltos de cabeza, sintiéronse, primero enfriar, después, perecer.» El apólogo del Consul Agripa, fué comprendido por el pueblo romano, y vino la paz.

Un apólogo, señores, más sublime que el de Agripa, es repetido, no al pueblo romano, sino al mundo entero. Su autor colocóse en el monte Sacro de la inspiración Divina: tiene por nombre propio, Pablo; antonomástico: Apostol de las Gentes, y le dijo como testamento precioso, inscrito en su epístola primera á los Corintios: Escuchadle: «Tampoco el cuerpo es un miembro únicamente; sino muchos: Si dijera el pié: «Puesto que no soy mano, no soy del cuerpo». ¿Dejaría de ser del cuerpo? Y si dijera el oído: «Puesto que no soy ojo, no soy del cuerpo», ¿Dejaría de ser del cuerpo? Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oído, ¿dónde de estaría el olfato? Pero Dios colocó en el cuerpo muchos miembros y los colocó segun le plugo. Por eso, si bien los miembros son

muchos, el cuerpo es uno. No puede decir el ojo á la mano: «No necesito de tu ayuda». Ni la cabeza á los piés: «No me sois necesarios». Antes bien, aquellos que parecen más débiles, suelen ser más necesarios.»

Verdad es, mis respetables señores y amigos, que en el cuerpo místico de la Iglesia, no todos pertenecemos á la parte superior; pero es no menos cierto, que de la unión de todos los miembros dependerá, no tan solo la belleza y la armonía, sino la fuerza y la vida. Podrán ser cabeza los sacerdotes y miembros los seglares; pero si estos sin aquella no tienen vida, aquella sin estos no tendría acción; y ¡oh señores! el vivir y el obrar son ideas tan simultáneas, tan fraternales y tan mútuas, que no pueden ni entenderse ni explicarse con separación.

Además: sobre todos los cristianos, sean sacerdotes ó seglares, pesa el deber de la caridad, virtud que nos obliga primero para con nosotros mismos, después para con nuestros semejantes. Pero siendo, como de hecho es, nuestro primer deber la salvación eterna, seríamos infieles á nuestro fin, si no la procuramos primero para nosotros, después para el prójimo.

Más aún: dentro de la eficacia de este deseo debe comprenderse el firme propósito de alejar de nuestro camino todo aquello que se oponga á la realización de nuestro fin, al logro de nuestro destino.

Consecuencia: Si el error se opone á la salvación nuestra y del prójimo, y la salvación obliga á todo cristiano, es lógico que todos,

sin excepción alguna, debemos declararle continua é inquebrantable lucha.

Así, señores, hablan la razón y el sentido común.

Oid la voz de la historia: Recordad la de nuestros primeros padres en la fé: Seglares eran Ermas y Geroteo; vivieron en el siglo primero de la Era Cristiana, entre aquellas violentas tempestades, que bramando desde el pedestal de Júpiter Capitolino caían sobre la naciente Cátedra del pescador de Betsaida. No se acobardan: el primero escribe su libro titulado «El Pastor», alabado por muchos Doctores de la Iglesia; el segundo enseña y diserta en el Areópago y tiene la gloria de ser el maestro del gran Dionisio el Areopagita.

Seglar fué Atenágoras, el filósofo de Atenas, y combate, y escribe obras de controversia, tan notables como la que titula Apología del Cristianismo contra los Emperadores Marco Aurelio y Cómodo.

Seglar fué Justino, y ante el error, ni huye ni permanece mudo: Escribe dos obras apologéticas. Combate, triunfa, y muere como mártir.

Seglar fué Clemente de Alejandría; seglar Arnobio el anciano; seglar Lactancio de la Marca de Ancona; seglares Taziano, Enea de Gaza, Boecio; seglares mil y mil apologistas, controversistas y defensores del dogma, y de la verdad, cuyos preclaros nombres están escritos con letras de oro y por mano de Angeles, en el siempre glorioso libro de la Historia de la Iglesia.

No, no diga el seglar del siglo presente que no tiene obligación de luchar en pró de la

verdad. La razón le enseña que es hijo de la fé, que la fé produce el amor, y que el amor ó caridad quieren la salvación eterna. Y si esto es una obligación de la que no podemos sustraernos, obligación es también luchar contra el error, enemigo el más terrible de nuestras conciencias.

II

Señores, hay muchas cosas en el mundo, que aunque en la apariencia son contradictorias y aun contrarias, están tan íntimamente unidas, que sin menoscabar unas y otras, no pueden separarse; el unir las, el hermanar las y el estrechar y comprender las relaciones de unas y de otras constituye una gran ciencia.

Tal sucede con las nociones de Religión y sociedad. Todas las cosas tienen mútua correspondencia en el mundo, y se mantienen por virtud de un vínculo común ¿sabeis cual? Dios.

Proudhon se maravillaba al encontrar en el fondo de cualquier sistema político una cuestión teológica. No es extraño, señores, Dios es más antiguo que los gobiernos de la tierra, y el teólogo precede al político. Victor Hugo exclamaba en plena Asamblea francesa: «Nunca lo olvidemos y enseñémoslo á todos, Dios está en el fin de todas las cosas.»

Más aún; podemos avanzar más. Al propio tiempo que Dios, si hablamos de la sociedad humana, en el fondo de todas las cosas se halla la Iglesia. Es el depósito; es el tesoro de los sumos principios, de los dogmas y de los Divinos pensamientos; es, en fin, como el sol celestial, que imprime y difunde los oráculos

de Dios en la tierra, porque Dios imprime sus designios, sus voluntades y sus amores sobre la Iglesia. Es más. Así como el Verbo Eterno, dice un profundo escritor, para tomar carne humana, descendió al seno de la Virgen de Nazaret, para tomar posesión social del mundo, se puso en el seno de la Iglesia. De aquí aquella grave sentencia del docto alemán Moeler: «La Iglesia Católica es la viva y perenne Encarnación de J. C.»

Ahora bien: Si Dios enlazando los seres, está en el fondo de las cosas; si con Dios está socialmente la Iglesia ¿no descubrís la consecuencia que surge? Tocar con manos violentas á la Iglesia, es combatir á la sociedad. Luchar contra la Iglesia, es luchar contra la sociedad. No lo extrañeis. Oid al protestante Guizot: Cuando sufre la Iglesia, sufre el mundo entero.

No era creyente Guizot. La voz de la razón lo precisó á expresarse en tales términos.

Ah, señores! La Religión es la vida de la sociedad, como el alma lo es del cuerpo, y no es posible tener amor pátrio, si es que ha de ser verdadero, sin que arda en nuestros corazones el sentimiento religioso. Amar, pues, la religión, es amar á la pátria, como defender á aquella es tambien luchar en pró de esta.

Sirvan de estímulo al Cristiano indolente en el cumplimiento de tan sagrados deberes aquellas palabras del gentil Plutoreo: «Es más fácil edificar una ciudad sin suelo que hacer que subsista una nación arrebatándole la fé de los dioses.

Si, pues, queremos conservar este bendito suelo, regado con la sangre de nuestros ante-

pasados. y sembrado con monumentos que recuerdan la nobleza de nuestra estirpe, si ansiamos que no se convierta en ruinas esta hermosa patria en donde reposan las cenizas de nuestros antepasados, seamos valerosos en defender la fé que la edificó y que la sostiene; buscar su conservación en otra causa, sería pretender una obra *contra naturam* que dirían los filósofos; sería más... sería pretender curar á un agonizante, con el más corrosivo de los venenos.

III

Señores: Cuando los pueblos son niños, afirma un eminente publicista, el sacerdocio lo es todo por sí; reúne en sus manos todo el poder; el príncipe y el sacerdote quedan íntimamente unidos; la casa-palacio de la potestad civil se levanta junto al santuario, protegiéndose con su sombra. Tales son los siglos primitivos.

Cuando la sociedad progresa, por el contrario, los dos órdenes, sagrado y secular, se dividen con propia personalidad; se distinguen, aunque no se apartan. En aquella distinción está la unión harmónica, en que la Religión influye moralmente sobre los ciudadanos, como estos á su vez protegen y respetan á aquella. Tales son las edades medias y los siglos verdaderamente cristianos.

Pero cuando la civilización aumenta, el hombre exagera su saber y sus grandezas; olvídase del Cielo y tiene como molesta la Religión; y entonces, señores, apártase de cuanto sabe á eclcsiástico y sacerdotal, al paso que se deja dominar de todo lo profano. Tal es el siglo actual.

La ciencia ha logrado envanecer al hombre del siglo XIX, y ha caído en desprestigio la voz del sacerdote.

Este habla, y no se le cree; enseña y no se le atiende; predica, y es objeto del más rudo é insolente sarcasmo.

En esta terrible y angustiosa situación. ¿habremos de permitir que el error invada por completo el campo en donde reflejaba sus fulgores la hermosa luz de la verdad? ¿consentiremos que nuestras conciencias descendan desde la sublime altura de la gracia, hasta las profundidades más abyectas del pecado? ¿tendremos como honroso, que nuestros pechos que antes fueron sagrario en donde tuvo sus complacencias el Espíritu de Dios, sea transformado en cloaca inmunda en que domine el espíritu de las tinieblas?

No y mil veces no; antes morir con la honrosa muerte de los mártires, que sucumbir en medio de ridícula y denigrante cobardía. La sociedad moderna, reprueba la enseñanza de labios del sacerdote? ¿Apártase de la Cátedra del Espíritu Santo? pues óigala de labios del seglar.

Así lo quiere Dios; así lo manda.

Una observación para terminar. Impulsados por estos santos fines, y bajo el convencimiento de tan innegables verdades, abrigamos en un día que no hace mucho pasó, el propósito de fundar en Murcia un Círculo Católico, en donde los seglares pudieran desempeñar más cómodamente este ministerio de caridad. Brotó la idea de nuestros labios, y la hidalgía y noble religiosidad de los hijos de Murcia respondió fielmente al llamamien-

to. Sea bendita la divina Providencia. ¡Gloria y loor á la cristiana Murcia!

Grande es como sabeis, señores y amigos míos, el mal de que estamos por doquier rodeados. ¿Tendremos la pretensión de suponer que nosotros seremos potentes para detener su marcha torrencial? Cierto que no. Pero siempre nos podrá caber, ante los hombres en la tierra, y ante Dios en el cielo, la grata satisfacción de confesar que no hemos sido cristianos indolentes, ni apáticos, ni olvidadizos del mal de nuestros hermanos; podremos afirmar, en cambio, que hemos contribuido con nuestro óbolo, siquiera sea humilde y modesto, á la santa obra de la regeneración social, por medio de la instrucción que ennoblece la inteligencia, y de la caridad que santifica el corazón.—He dicho.

Eduardo Martinez Balsalobre.

LA CUESTION SOCIAL.

— —

Oscuro amaga el problema;
centellas la nube lanza;
y al ver que imponente avanza,
casi huye la luz extrema
del corazón: la esperanza.

Soberbia y goces arriba;
ódio, apetitos abajo:
en esto el problema estriba,
no en la lucha siempre viva
del capital y el trabajo.

Si uno es bien y el otro es mal,
ante el placer y el dolor
el hombre al hombre es igual:
¿quién no es un trabajador?
¿quién no tiene un capital?

¿No es el músculo de acero
del más infeliz bracero
un capital que á diario
rinde en sonante dinero
el interés del salario?

¿Y qué otra cosa, en conciencia,
són, aunque de más valor,

las obras de arte y de ciencia,
sino gotas de sudor
que vierte la inteligencia?

Es que hay ansia de gozar,
y furor de destruir,
y cual fiera hay que cazar
fiera que intenta al rujir
su cruda ración tomar.

Sí; mientras le abra camino
la infame bomba que estalla,
será su aciago destino
el cadalso y la metralla,
ó el triunfo del asesino.

Y vencido ó vencedor,
¡cuánta desventura cierta!
¿Quién no cegará de horror,
de la sangre que se vierta
con el espeso vapor?

Y el peligro se agiganta,
y el alma que busca luz
sólo ve en angustia tanta
un monte que se levanta,
y sobre el monte una cruz.

Y ve que la oscuridad
disipa fulgor de aurora,
y oye en dulce suavidad
la palabra redentora
de Cristo, que es... ¡caridad!

Ella hace humilde al que pena,
y su dolor dignifica;
ella forja la cadena
del amor, y dulcifica

lo que el rencor envenena.

Ella con tierno desvelo
al rico hácia el pobre lanza,
llevando, en nombre del cielo,
á su espíritu enseñanza,
á su corazón consuelo.

Sin ella no hay soluciones,
sino ir de la ruina en pos;
que entre horribles convulsiones,
se destruyen las naciones
cuando se olvidan de Dios.

R. Sanchez Madrival.

A MURCIA

¡Murcia! ciudad bendecida,
á cuyos piés el Segura
corre humilde, salpicando
tus muros con sus espumas;
¡Murcia! delicioso valle
donde se meció mi cuna,
y dó pasé como un sueño
la edad de la infancia pura;
¡Murcia! donde cuanto amo
y cuanto anhelo se oculta,
¡tu eres del mundo el pedazo
más bello que el sol alumbra!

Yo he recorrido tus calles
que cien nombres perpetúan,
donde aun restos se descubren
de tus murallas robustas;
yo he visitado tus templos
que aún del tiempo fiero triunfan;
yo he leído tus historias
con admiración profunda,
y he visto y he contemplado
á través de inmensas brumas,
las glorias que te dán fama,
los hechos que más te encumbran,
los héroes que te enaltecen

y los sábios que te ilustran.

Yo he paseado por tus valles
que mansos arroyos cruzan,
yo he respirado las brisas
que tus jardines perfuman,
yo he admirado de tus hijas
todas las gracias que adunan,
y dudo que bajo el cielo
pueda haber ciudad alguna,
con valles como tus valles,
con brisas como las tuyas,
y con mujeres que tantos
dulces hechizos reunan.

¡Murcia! En tu suelo bendito,
do pródiga la fortuna
vierte con mano benéfica
á torrentes la ventura,
todo es noble, todo es grande,
todo es bello y rico en suma;
y si alguno duda de esto
y quiere vencer sus dudas,
que mire tu limpio escudo
cuyas coronas deslumbran,
que lea en tu vieja historia
tus ensangrentadas luchas,
y que tienda la mirada
por tus campiñas fecundas.

¡Cuánto te amo! ¡Cómo siento
en mis horas de amargura,
calmarse mis hondas penas
y mis mortales angustias,
respirando el aire fresco
que tus árboles columpia,

oyendo cantar tus aves
que dulcemente se arrullan,
paseando por tus campos
y tus fértiles llanuras,
donde Dios el bien reparte
como bienhechora lluvia!...

¡Patria mía! Yo no anhelo,
ni anhelé otra cosa nunca,
más que vivir en tu seno
gozando de tu hermosura,
viendo siempre las azules
montañas que te circundan,
y tu *Torre* que hasta el cielo
levanta su cruz augusta;
y que, cuando al fin mi vida
miserable y triste concluya,
hallen en tu suelo amado
mis restos la sepultura.

J. Tolosa Hernandez.

A UN ORADOR.

Si la fé que ilumina mi conciencia
noche oscura del alma te parece,
y la esperanza que esa fé me ofrece
pueril afán y sueños de inocencia;

Si no es verdad tu pretendida ciencia,
pues la moral derrumba ó la escarnece;
si el orbe entero convulsión padece
al rayo asolador de tu elocuencia;

¿He de admirar la pompa y el ropaje
con que se viste impúdica mentira,
al hombre, á Dios, y á mi conciencia ultraje?

Quien por el bien y la verdad suspira
no rinde á tu retórica homenaje:
lo que no puede amar nunca lo admira.

Gerardo Vicente y Selgas.

Madrid.

EL ARROYUELO Y LA FUENTE

— —

Era un arroyo tranquilo
hijo de una fuente clara,
juguetoncillo y alegre
y de cristalinas aguas.

Quejábase cierto día
con amargura en el alma,
de que crecían en su margen
cubierta de fresca grama,
en más número las flores
secas, amarillas y áridas,
que aquellas que visten puras
hojas de encendida grana,
y que moran en su seno
mariposillas pintadas
para beber el aroma
que de su cáliz exhalan.

Quejoso de tanto daño
sin explicarse la causa,
con sencillez á la Fuente
dolorido preguntaba;

¿Por qué será, madre mía,
que á la orilla de mis aguas,
veo crecer con honda pena
y en mi espejo retratadas,
mayor número de flores

amarillas y sin gracia
que crecen y se duplican
de manera extraordinaria,
que aquellas otras hermosas
pudorosas y galanas,
que tienen la frente erguida
para que las bese el áura,
y si se inclinan al suelo
¡ay! parece que me hablan,
y me dicen que las ame
porque ellas á mí me aman?

Decidme, pues, madre mía,
¿que produce esta desgracia?
¿Por qué iguales no son todas,
y son en número tantas
aquellas, que nada valen
y con furor se propagan?

Dió aquí un suspiro la Fuente
como si tales palabras
la causaran sentimiento
en lo profundo del alma,
y contestó al arroyuelo
que con afán le escuchaba:

— ¡Hijo mio! eso consiste
que en la tierra desgraciada,
es condición que lo malo
á lo bueno sobresalga,
porque la dicha completa
está en el Cielo guardada...!!!

Dijo la Fuente; y su curso
tendió por la verde grama,
á la vez que el arroyuelo
enturbió sus frescas aguas,
murmurando entre su espuma
estas sentidas palabras:

— Si en el cielo es donde existe

sin dolores reservada
únicamente la dicha,
yo os juro, madre del alma,
constantemente tener
en él fija la mirada.

Dijo y calló: y es sabido
adquirió tan dulce calma,
que jamás volvió á quejarse;
porque atenta su mirada
en lo alto de los cielos
continuamente exclamaba:

«No está la dicha en el mundo
está en el cielo guardada.»

Miguel Gasque Llopis.

A UN LIBRE PENSADOR.

—

La hermosa fé que aun vive en tu memoria,
luz que á tu hogar en resplandores baña,
sol que sus rayos derramó en España
desde las altas cimas de la historia;

Tú que recoges del saber la escoria,
tú, que eres hueca y resonante caña,
niegas é injurias con innoble saña
cantando así tu vanidad victoria.

Deja al soberbio indagador talento,
que, en su ambición satánica, delira,
hallar en su delirio su tormento.

Callen tu lengua y tu impotente ira;
que sólo es tu libre pensamiento
siervo y comparsa de la vil mentira.

Gerardo Vicente y Selgas.

Madrid.

EN EL CÍRCULO CATÓLICO DE OBREROS

Aún conserva el corazón
su calor y su energía,
pero ya en la mente mía
se agotó la inspiración.

Sin pretensión de agradar
antes la lira pulsaba
y muchas veces cantaba
por el gusto de cantar.

Hoy, con hondo sentimiento
porque perdí voz y gusto,
quiero cantar y me asusto
de escuchar mi bronco acento.

Y, aun que esto no es pertinente,
os diré que estoy aquí,
porque lo han querido así
y yo soy muy complaciente.

¡Igualdad. fraternidad!
por todas partes se escucha
y se discute y se lucha
por conseguir la igualdad.

Igualdad que no ha existido,
que no existirá tampoco;
solo la mente de un loco

puede haberla concebido.

En sus leyes eternas
la escribió el Omnipotente,
y seremos solamente
ante Dios todos iguales.

Y no es posible admitir
otra igualdad que en el ser,
iguales en el nacer
como iguales en morir.

Que donde se junten dos
estará la diferencia
de virtud é inteligencia,
porque así lo quiere Dios.

Nunca deshonra un oficio,
muy al contrario ennoblece;
lo que desprecio merece
es el ócio y es el vicio.

El divino Carpintero,
aquel pobre menestral,
hizo sagrado el jornal
que gana el humilde obrero.

El trabajo y la honradez
nos vá fabricando el nido
que nuestro cuerpo aterido
necesita en la vejez.

El nido donde el anciano
encuentra paz y calor
en el consuelo y amor
del hijo bueno y cristiano.

Y el vicio, la ociosidad
y los livianos placeres,
¿qué producen? esos seres

befa de la sociedad.

Esos seres degradados,
despreciable escoria humana,
que mueren en la jarana
ó acaban encarcelados.

Seres que no tienen quien
los llore cuando son idos
que fueron malos maridos
y malos padres tambien.

—
La cristiana caridad
de católicos sinceros
aquí llama á los obreros
de nuestra hermosa ciudad;

Aquí el obrero cansado
de su trabajo penoso,
tendrá solaz y reposo
y un buen amigo á su lado.

Amigo de corazón
que no le oirá con desden,
y que buscará su bien
dándole sana instrucción.

Amigo que vé un hermano
en el pobre menestral,
y en sus desdichas, leal
ha de tenderle su mano.

Aquí seguros esten
que un mal pensamiento quepa...
¡Lástima que yo no sepa
decir estas cosas bien!

Virgilio Guirao.

Marzo 19 92.

DISCURSO CONTRA EL ANARQUISMO

POR

Don Andrés Blanco y García

Excmo. Sr.:— Señores:

Grande es el honor que se me dispensa al invitarme á tomar parte en esta velada, donde lucen las galas de su ingenio poetas y oradores, recreando vuestra inteligencia y vuestra imaginación con los mágicos acordes de la lira ó con los sólidos razonamientos de los que saben pensar profundamente. Yo, nota aislada en este armonioso concierto, si de algo me regocijo, es de ver que con mi tosca palabra realzo el verdadero mérito de los demás, por el contraste que resulta; que la noche obscura y triste hace que los encantos de la aurora parezcan á nuestros ojos más agradables y bellos, por el horror que inspiran las tinieblas.

¿De qué os he de hablar al aceptar la misión que se me ha encomendado? Ah, señores: una cuestión de gran trascendencia se debate hoy por todos los pensadores y sociólogos más eminentes: una cuestión pavorosa y

difícil que lleva tras sí la agitación de todos los pueblos de Europa, como si una revolución inmensa nos amenazara para conmover el mundo hasta en sus cimientos; y aun cuando por la pequeñez de mis facultades, yo debiera ser uno para oír y aprender resignándome al silencio, quiero, dejando á un lado modestias inútiles, aportar también el contingente de mi pobre palabra, ya que no puedo prescindir de ser un individuo de la sociedad en que vivo, y la cual se pretende destruir con las doctrinas más disolventes y los hechos más escandalosos.

Permitidme, señores, esta ingerencia en terreno casi vedado para mí, siquiera por la bondad de mis intenciones; que después de todo, me asiste algún derecho para intentar entender de lo que me atañe, de lo que se roza conmigo y con todos los que me escuchan, y siempre, como soldados de un ejército, debemos hallarnos prevenidos para saber utilizar nuestras armas en el instante en que la sociedad nos reclame y nos indique un puesto para combatir.

Se trata, señores, del anarquismo: se trata del planteamiento de una doctrina que siempre se ha mirado como una utópia y que hoy viene á tomar formas concretas, formas materiales, pretendiendo pasar de la teoría á la práctica, llevando por avanzada el puñal del asesino, por luz la tea de los incendios y por cortejo las lágrimas de la humanidad y el luto de todos los corazones. Pues bien, yo, con la pequeñez de mi inteligencia, quiero hablar algo de ese negro anarquismo, de esa locura del alma pervertida, de esa insensatez

que quiere entronizarse en nuestra sociedad; y al señalar el mal que nos amenaza, indicar también cuál es el remedio que nos conviene aplicar inmediatamente, si es que aun ha de llegar á tiempo la medicina para salvar al enfermo, en cuyas facciones se nota ya la palidez del cadáver, y en cuyo pecho hierve de vez en cuando el estertor de la agonía. Voy á ser muy breve, y os suplico por ello vuestra más indulgente atención.

No hay que confundir, señores, el anarquismo con el socialismo. Cierto que son dos ideas hermanas, dos ideas que se ligan entre sí, y que parece la una como continuación de la otra; pero el socialismo, al fin y al cabo, tiene algo de racional, y aun cuando resulte utópico y no sea posible su aplicación sin graves daños, y su estabilidad sería transitoria, dado el caso de que todos los hombres, á ser posible, se convinieran para su planteamiento, su principio filosófico tiene alguna cosa común con la naturaleza humana. No es ésto defender en algun modo el socialismo, sistema violento y absurdo, sistema perjudicial é inconveniente en su realización, que proclamaría de una vez el imperio de las pasiones desbordadas sin orden ni freno, las cuales darían origen á principios todavía más avanzados, impotentes para contener á la fiera escapada de los bosques que cebaría sus garras sangrientas en el corazón de la sociedad; pero establezco esta distinción para hacer ver que el anarquismo es aún peor dentro de lo malo, y que esta idea es la que el hombre debe combatir sin tréguas en primer tér-

mino, si es que el ideal que sentimos en nuestra conciencia y hácia el cual caminamos desde los primeros vagidos de nuestro razon, ha de realizarse alguna vez, en cuanto nos sea posible, y el sagrado y hermoso lema de libertad, igualdad y fraternidad ha de ser una verdad positiva como la coronación de nuestras aspiraciones.

El socialismo es inadmisibile por todos conceptos, aunque se tratara exclusivamente del socialismo puramente teórico ó filosófico, que es donde se refugian para defenderse con astucia los que propagan tales ideas; pero lo que no tiene ni puede tener sentido racional es el anarquismo. El anarquismo es la destrucción de todos los derechos del hombre y la práctica de todas las locuras posibles. Destruída la autoridad y proclamado el hombre como juez y árbitro de sí mismo, no hay por qué aducir razones que demuestren lo perjudicial del sistema.

¡Cómo! ¿Es posible un cuerpo animado sin cabeza? ¿Hay en todos los seres creados un organismo que no obedece á la unidad, á un algo superior que manda y subordina á su ley lo que le es inferior y como dependiente suyo? ¿Puede el hombre dejar de imitar á la naturaleza, en cuyas leyes vive y cuyos preceptos le marcan una senda ineludible y fatal que domina á su libre albedrio, sin que las facultades del alma puedan romper ese aro de hierro que las constriñe y sujeta? De ninguna manera. Todo lo que tienda á destruir el orden natural es un absurdo de consecuencias terribles. Poned la mano en el fuego que ha sido formado por la naturaleza para darnos

calor y luz. sentireis un dolor agudo que os hará ver el daño que se sigue á la infracción de esa ley. Quitad á la sociedad su cabeza, es decir, su principio de autoridad, y habreis suprimido el pensamiento que razona, la antorcha que alumbra, el principio que guia, el poder que enfrena y contiene el desbordamiento de la pasión. Una sociedad acéfala es una monstruosidad que sólo pueden concebir esos ilusos que quisieran ver reunidas las lágrimas de todos los hombres y bañarse en ellas, para saciar sus instintos brutales de destrucción y de muerte.

Y sin embargo, señores, de que ésto es inconcebible, existe por desgracia. Corazones inícuos sienten el placer del mal, y se afanan por predicar esas doctrinas tan inmorales como perniciosas, procurando cegar el entendimiento y exacerbar las pasiones para que el proselitismo se extienda y las haces sean numerosas en el terrible momento en que la lucha se realice. Todas las naciones sienten de vez en cuando sacudimientos, que son como chispazos de la hoguera que comienza á encenderse bajo su suelo y que en un momento dado puede estallar, si la resistencia que se oponga es menor que la potencia de sus llamas. En España tambien se han sentido esos sacudimientos. Muchas poblaciones importantes se han visto amenazadas de muerte, y hace poco tiempo que hordas de caníbales, indignas de llamarse españoles, entraban en Jerez á saco para poner en práctica sus infernales doctrinas, y aun parece que pueblan el espacio los ayes de las desgraciadas víctimas, inmoladas al furor de unos grupos fanatiza-

dos por el error, á quienes se les había hecho perder con ocultas maquinaciones todos sus instintos de humanidad.

En vista de hechos tan deplorables, los espíritus no pervertidos preguntan angustiados: ¿Nó hay medio alguno de encauzar el torrente? ¿Nó hay posibilidad de destruir la corrupción, estudiando el mal que nos amenaza para aplicar un remedio heróico que salve á la sociedad? Terrible y pavoroso es el problema, y ese mal tiene ya raíces muy hondas, y para cortarlas sería preciso un trabajo de titanes y un perfecto acuerdo de todos los amantes del órden y de la justicia. Por mi parte, me permitiré un estudio rápido de ese mal, y á la vez indicaré el único medio que existe, segun dije anteriormente, para buscar la solución del problema.

Refiriéndonos exclusivamente á nuestra nación, diré que España ha agotado sus fuerzas vitales en una esteril é inutil política, durante un periodo de casi dos tercios del presente siglo, y en la actualidad se encuentra borrada la fé que hasta los mas tibios sentían en los principios y en las ideas. De la política viril se ha ido descendiendo paulatinamente á las personalidades, y hoy, en vez de partidos robustos con un ideal fijo, no se encuentra otra cosa que grupos y fracciones con la ambición y el egoismo por base y con una nebulosa indescifrable como consecuencia. Toda la nación es un cúmulo de banderías, en el centro de las cuales bullen las pasiones mal contenidas, amenazando desbordarse á cada momento. Estos males, tan gra-

ves como trascendentes, han repercutido en la sociedad. Los gobiernos, confíalos y nada previsores, se han sucedido sin interrupción, y á semejanza del cuerpo humano que se siente dolorido cuando la cabeza padece, la nación española se siente enferma, porque hace muchos años que sus más altos administradores enfermaron también en la conciencia y en la razón.

No hay que culpar á éste ó al otro sistema de gobierno: no hay que acusar á la marcha vacilante ó torcida de uno ú otro partido. Todos han presentado grandes lunares: todos han sido malos relativamente. El mal no estriba en el accidente, en la forma: está en la esencia, en el principio, en el modo de ser de una política determinada que convierte la ciencia del gobierno, como la considera el Derecho político, en el arte de medrar los osados para fomentar el cinismo y explotar despiadadamente al pueblo que trabaja, que paga y que sufre la triste calamidad.

Apartados todos los gobiernos de los verdaderos principios sociales; alentados los vicios y borrado el principio de la justicia y de la ley, la lógica de los hechos ha venido á imponerse de una manera brutal pero inevitable, á la manera del fruto que se cosecha en un campo, cuando se esparcen sobre su suelo semillas que han de germinar forzosamente. En España se han sembrado vientos: ¿qué puede recogerse si no tempestades? La mala política, imitadora servil del filosofismo revolucionario de Francia, ha favorecido, indirectamente unas veces, descaradamente otras, la propagación de ideas disolventes y reprobadas.

das por la religión. Se ha perseguido sin descanso á los ministros del Altar, ya por medio de la prensa, ya con el ridículo, ya con actos ostensibles; y cuando algún sacerdote desgraciado, débil como hombre, ha cometido acciones indignas de su ministerio, en vez de echar sobre él el caritativo manto del silencio como se hace, cuando se quiere, con otras personas, se ha procurado ponerle de relieve y culpar en él á toda la clase, lanzando contra ella los más crueles dictérios y las calumnias más afrentosas.

Tras el despojo de los bienes de la Iglesia, socialismo encubierto que formó una base de enriquecimiento á los que huían del trabajo para ganar el pan con el sudor de su frente, y que sirvió para fomentar la usura y que dió origen á la formación de rentistas que habian de venir á aumentar el núcleo de las antiguas clases conservadoras, se decretó una libertad tan licenciosa y mal entendida, que sólo amparaba al propagandista de ideas contrarias al catolicismo y al gritador político que resultaba tanto más patriota cuanto más voceador é irracional, como si el santo fuego del amor patrio ardiera únicamente en el corazón de los salvajes que asesinaron en 1834 y 35 á los frailes y quemaron y saquearon los conventos, ó en el de sus imitadores que cada vez han ido presentándose en número mayor.

Dado este paso tan significativo ¿qué podía seguirse de aquí? Las tendencias contra la Iglesia continuaron acentuándose, por espacio de muchos años, de un modo más ó menos peligroso, y cuando en 1869, en medio de la propagación de inmundos folletos, se le-



vantaban voces en la Cámara negando á Dios y burlándose de los dogmas de la religión católica, parte de la nación reía ó aplaudía, otra parte permanecía indiferente, y sólo algunos espíritus viriles protestaban contra tan repugnantes insultos. El libro pornográfico alternaba á menudo con el periódico anarquista. La defensa de ideas revolucionarias invadía todas las esferas sociales, y bajo pretexto de democracia, haciendo de esta simpática y noble tendencia un arma odiosa, se hablaba contra la autoridad de la Iglesia y contra la autoridad de la nación y contra la autoridad de la ley. La pendiente se bajaba con rapidez, y las doctrinas materialistas subían de punto, rompiéndose todos los frenos morales que contienen y sofocan las pasiones desordenadas de la sociedad. El arte plegaba sus alas luminosas. La poesía era la cháchara procaz del escritorzuelo sin instrucción: la música, el carnaval de los sonidos, y el teatro la taberna culta donde se gozaba entre las desvergüenzas y el disparate, como si se rechazara para siempre todo lo que es sério y todo lo que es digno.

Por otra parte, los poderes, cuidándose siempre de prolongar su vida efímera y desoyendo las constantes quejas del país, ponían su principal atención en aumentar y multiplicar los tributos para satisfacer las necesidades que cada vez se hacían más ercipientes en el Estado. ¿Qué importaba la atribulada marcha de la agricultura, de la industria y del comercio? ¿Qué importaban los pequeños propietarios sobre los que ha recaído siempre el exceso de la suma que han burlado las escan-

dalosas ocultaciones? ¿Qué importaba que el pueblo productor, ese honrado y digno pueblo que tanto vale y que tanto trabaja, fuera siempre el más desatendido? Lo primero era cobrar las irritantes contribuciones, sin abrir horizontes al fomento de la riqueza nacional. Después, protección desmedida á las compañías ferro viarias para que se repletaran de oro las arcas avarientas é insaciables de los extranjeros.

¿Qué se sigue de aquí? El país pobre, las necesidades en aumento, las fuentes de producción reducidas, lo moral pisoteada, los disgustos multiplicados, el trabajador encadenado á la miseria, la paciencia llegada al colmo, y las doctrinas disolventes levantando su terrible cabeza, secando en el alma los más dulces sentimientos y autorizando la explotación del hombre por el hombre.

Basta, señores, con lo expuesto, para conocer cuál es el mal que amenaza á la nación española y cuánta sea la gravedad que encierra, á la vez que la causa que ha contribuido á que se fomente y se desarrolle, Ahora bien: si la lógica no es un artificio engañoso sino la guía de la razón para perfeccionar la inteligencia, ¿no admitiremos como consecuencia perfectamente racional y legítima todo lo que actualmente acontece en la sociedad, deducido de los principios admitidos y de los hechos vituperables que la historia registra? Ya lo he dicho: en España se han sembrado vientos y hay que recojer forzosa y necesariamente tempestades. Pedir moralidad á un pueblo á quien se ha descristianizado poco á poco; pe-

dir virtudes cuando se han consentido y estimulado vicios; pedir razonamientos cuando se han propagado locuras; pedir, en una palabra, templanzas á los que se les ha dicho un día y otro día que la propiedad es un robo y que no hay un más allá de esta vida terrena, es marchar contra las leyes inflexibles de la lógica.

¿Qué se dirá al obrero y al colono, que trabajan incesantemente llenos de anhelo y agobiados de fatiga sin poder desechár el peso abrumador de la miseria, cuando se ven colosales fortunas improvisadas por el ágio de la Bolsa ó por otros negocios de bien escasa moralidad? ¿Qué se dirá al hombre estuñioso, á quien generalmente se le hace significar menos que al rico en una sociedad donde constantemente se adora al becerro del oro? ¿Qué se dirá á la masa social, á quien se le ha predicado en todos sentidos el materialismo y el positivismo, negando hasta la existencia de Dios, ó concediendo, cuando más, su confusión de substancia en la naturaleza? ¿Qué se les dirá á los que se les ha hecho ver de un modo tangible que el dinero es lo que vale y que nada se consigue sin la influencia del metal, palanca más poderosa que la de Arquímedes para mover el universo?

¿Y han de ser los procedimientos de fuerza, los procedimientos de violencia los que han de establecer el equilibrio que han roto esos que han querido aprovecharse de la debilidad de los hombres para explotarlos en su favor y construirse con ellos un pedestal, á fin de disimular un tanto su despreciable pequeñez? De ninguna manera: la violencia sólo cons-

que irritar, á más de que lo violento es ilógico y absurdo, dado lo que se ha fomentado y consentido anteriormente. Eso, señores, sería lo mismo que distribuir semillas en tierra fértil bien labrada, y pretender después que esas semillas no fructifiquen ó que den frutos contrarios á su propia naturaleza.

De aquí ese malestar del generoso pueblo español, que se deja conocer y sentir en todas las ocasiones: de aquí ese rumor que se extiende y crece como la voz de próxima tempestad, preñada de rayos y granizo: de aquí ese temor que á todos invade, porque el monstruo se acerca con garras afiladas y dientes de acero, y no hay armas posibles ni brazos potentes para contener su empuje terrible ni sus extragos espantosos. Y sin embargo, es preciso, es necesario de toda necesidad que ese monstruo se contenga antes de lanzarse de su guarida, si es que las clases todas pretenden volver á su estado normal y tranquilo, y si es que el bien alguna vez ha de entronizarse para reinar entre nosotros, en todo lo que sea posible, dados los impulsos de las pasiones humanas y la deficiencia de la razón.

Pero se dirá acaso; ¿á la altura en que nos encontramos, existe algún medio? Si no existiese, tendríamos derecho hasta para la blasfemia, absurdo inconcebible, y hasta podríamos volver al cielo nuestros ojos rebeldes por habernos abandonado Dios entre las oleadas de las miserias que nos envuelven. El medio existe y nadie lo ignora; y ya que se le ha desatendido, ya que se le ha despreciado tantas veces, preciso es que hoy se le llame en nuestro auxilio y se le abrace con fé y energía, co-

mo abraza el náufrago su tabla de salvación, al verse combatido por desencadenada tempestad que amenaza sepultarlo en las entrañas de los mares.

Ese medio no es otro que la religión de Jesucristo, doctrina salvadora que dicta con suavidad reglas de estricta justicia, indicando la esfera de los derechos de cada cual, mostrando la extensión de los deberes de todos los hombres, y señalando al cielo donde existe la patria inmortal en que hemos de residir eternamente después de nuestra peregrinación sobre la tierra. Esa religión sacrosanta que declara libres á todos los hombres, que los llama hermanos, como hijos de un mismo padre, y que los considera iguales en la relación de los grados propios de su personalidad. existe el freno para contener las pasiones desordenadas, iluminando su camino con las antorchas de la caridad, de la esperanza y de la fé, y prometiendo inefables delicias á todos los que practiquen las virtudes durante los cortos instantes de su existencia en esta vida terrenal. Esa religión tan dulce y tan pura, que manda amarnos todos mutuamente, incluso á nuestros propios enemigos, y que nos prohíbe en absoluto desear á nadie el daño que para nosotros no queremos, ordena al poderoso reglas terminantes para que ejerza sobre el débil la suavidad y la protección, como padre respecto de sus hijos; y á la vez que le señala la órbita de sus deberes, establece preceptos sobre las obligaciones del necesitado, ya con relación á él mismo, ya con relación á sus superiores, á fin de que, al establecerse en toda su extensión el imperio de la

justicia, se marque entre unos y otros una perfecta armonía, y de ella nazca el equilibrio de la sociedad, como milicia que se instruye y educa para combatir en pró de la moral y del progreso.

No hay otro medio, pues, que la religión: no hay otra solución posible para ese terrible y pavoroso problema. Jesús nos muestra sus brazos redentores, y ¡ay del pueblo que desoiga la voz dulce de su llamamiento! ¡ay de la sociedad que cierre sus ojos á la luz que se ha encendido para iluminarla! ¡ay de la nación española si no renuncia á sus extravagancias y ridiculeces que engendran necesariamente el anarquismo, y no tiende sus manos en demanda de ese socorro único y último y con el cual puede cortar la gangrena que casi, casi se ha apoderado de todos sus miembros!

Señores: cuando la sociedad española fundaba todos sus sentimientos en la fé, y el cristianismo alumbraba como un sol el amplio horizonte donde se destacaba el oriflama santo de nuestra nacionalidad, nuestro porvenir era seguro y el pueblo marchaba realizando grandes empresas que hoy son orgullo de la historia. Pero desde que el virus revolucionario fué infiltrándose como un veneno en las artérias de la sociedad, comenzó á resentirse nuestro carácter, se relajaron las costumbres, y el valimiento de la señora de dos mundos ha ido empequeñeciéndose, hasta ser hoy objeto de desprecio por casi todas las naciones. Valíamos mucho, pero ya valemos muy poco, y muy en breve acaso España se

rá un pueblo sin prestigio. Los hechos de nuestro brillante pasado; aquellas glorias tan grandes y tan sorprendentes que se fundaban en la unidad que sólo puede dar la religión, tal vez no volverán á repetirse en el discurso de los siglos, si no tenemos energía bastante, no ya para defendernos de la hidra espantosa que nos amenaza, sino para acometerla frente á frente y ahogar la vida que bulle en sus cien cabezas horribles y aterradoras.

No basta que no demos oídos á la voz de la pasión que procura cegar nuestro entendimiento; es preciso luchar sin trégua ni descanso hasta extirpar ese gérmen maléfico que trata de corromper para siempre á nuestra pobre nación, ya desangrada y envilecida por los avaros del poder y de la riqueza. Los salvajes del siglo XIX, más feroces y más inhumanos que las hordas de Genserico y de Atila, braman cerca de nosotros, enarbolando la bandera del anarquismo, y no hay que permanecer indiferentes, porque nos miran para devorarnos, gozándose de antemano en su triunfo que creen tan inevitable como cierto.

A ellos, pues: sírvanos de guía el lábaro santo de la religión, y empuñando la espada de la fé; hagamos ver al mundo que aún somos dignos de llamarnos españoles, y que si preciso fuera derramar nuestra sangre en holocausto de la verdad y en defensa de la religión católica, moriríamos con la frente alzada al cielo y con la conciencia satisfecha por haber cumplido con nuestro deber.—He dicho.



OBRAS PUBLICADAS

INFORTUNIO

POR

D. Andrés Blanco y García

Se vende en la imprenta de este periódico, á 1 peseta.

DISCURSOS Y POESÍAS

LEIDOS EN EL CÍRCULO CATÓLICO

Este folleto corresponde al obsequio que debemos á nuestros suscriptores por el mes de Marzo. La causa del retraso con que se publica, no ha dependido de nuestra voluntad.

EN PRENSA

Como regalo del mes de Abril repartiremos á nuestros suscriptores las tres piececitas cómicas, de costumbres de la Huerta, «Cá presona pa su ese», «La política en los Garres», «Los Horrores del Segura» y algunas de las Fábuals del malogrado

D. Juan Antonio Soriano.